





D. Roma

60,10

49/108-5

Fiche 1510



COMEDIA FAMOSA.

EL MARISCAL DE VIRÓN.

DE DON JUAN PEREZ DE MONTALVÁN.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

- El Rey de Francia, galan.* ♣♣ *La Reina de Francia, dama.* ♣♣ *Montení.*
- El Mariscal de Virón, galan.* ♣♣ *Madama Blanca, dama.* ♣♣ *Un criado.*
- El Duque de Saboya, galan.* ♣♣ *Belerma, criada.* ♣♣ *Damas.*
- El Conde de Suisson, galan.* ♣♣ *Claudia, criada.* ♣♣ *Soldados.*
- El Conde de Fuentes, barba.* ♣♣ *Un Canciller.* ♣♣ *Músicos.*
- Monsteur de Lafin.* ♣♣ *Jaques, gracioso.* ♣♣ *Acompañamiento.*

JORNADA PRIMERA.

Salen el Mariscal de Virón, galan, vestido honestamente, y Jaques, gracioso.

Jaques. Con mayor razon me altera tu condicion cada dia.

Marisc. No creyera que era mía, si menos altiva fuera.
 Yo habia de acompañar al de Saboya, no siendo yo quien fuera presidiendo en puesto, accion y lugar?
 Ya le salió á recibir el Rey con toda su Corte, y todos como á su norte le han de mirar y seguir; y si yo le acompañara, aunque mas bizarro fuera, su vasallo pareciera, y nadie en mí reparara, cosa que llevara mal: luego es conocido error permitir lo superior, cuando me ofende lo igual.
 No sé qué espíritu en mí, ó me arrebatá, ó me lleva á que aspire, á que me atreva, al sol, cuyo rayo fui!
 si bien en pasion tan loca,

como este reino no es mio, cuanto fabrica mi brío, mi noble lealtad revoca: y asi me veugo á deber (llegándome á reportar) el saberlo desear, y el no quererlo emprender, para que con la traicion consentida y no intentada, mi lealtad quede apurada, y animosa mi ambicion; siendo en mi posteridad nuevo linage de honor, no querer de mi valor mas que pide mi lealtad.

Jaques. El Mariscal entre sí está hablando y murmurando: cuánto va, que está pensando como será Gran Sofí?
 Y ya que no hayas salido, fuera accion culpada y mala, que, como todos, de gala tambien te hubieras vestido?
 Y no verir de manera, que mirando en un espejo, pareces frances de viejo.

Marisc. Si tú dices, que cualquiera se viste, y por varios modos

festeja la entrada, dí,
qué me debiera yo á mí,
si hiciera lo que hacen todos?

Jaques. Pues dí, señor, con qué intento
te estás aquí tan despacio,
cuando ya llega á palacio
todo el acompañamiento?

Marisc. Quiero ver si hay ocasion
de ver:-

Jaques. Dirás á Madama
Blanca dé luz, y en su llama
arder racional carbon.

Marisc. Bien la quiero.

Jaques. Es la mas bella
francesa que hay en Paris:
si va á misa á San Dionís,
se van los hombres tras ella,
á puto el postre, á morir;
tanto, que viéndola entrar
el cura empieza á cantar,
y hace la bóveda abrir;
porque al irse paseando
por la Iglesia sin estruendo,
caballeros van muriendo,
como ella los va mirando.

Marisc. Dices bien, mas mucho tardan.

Jaques. Siempre con aqueste espacio
van las cosas de palacio.

Marisc. La Reina y damas aguardan
en el salon, y han de entrar
en público; mas espera.

Suena dentro ruido de música.

Jaques. Música el palacio altera,
todos deben de llegar.

*Salen por una puerta el Rey de Francia, el
Duque de Saboya, el Conde de Fuentes,
barba: y por la otra la Reina de Francia,
Madama Blanca, Claudia y Belerma,
criadas, y acompañamiento.*

Rey. Vuestra Alteza sea á Francia bien veni-
trae salud vuestra Alteza? (dos)

Duque. Agradecido,
siempre alegre, y muy ufano
al favor soberano,
que vuestra Magestad me prometia;
traigo salud. *Rey.* Será feliz la mia
con tan alegre nueva.

Duque. Cómo ha estado
vuestra Real Magestad?

Rey. Con gran cuidado
de que llegase bueno vuestra Alteza;
mas ya la Reina aguarda.

Jaques. Qué grandeza!

Rein. A vuestra Alteza guarde Dios mil años;
porque á vista de propios y de extraños,

del enemigo pestren la arrogancia
en concordia feliz Saboya y Francia.

Dug. Teniendo un angel como vos, señora,
que á las paces asista, desde ahora
doy por cierta la paz.

Rey. Pena me ha dado *ap.*
no haberme el Mariscal acompañado,
y ver el traje humilde con que viene:
notable condicion en todo tiene.

Jaques. Mas qué repara el Rey en el vestido?

Maris. Mas que yo no me doy por entendido?

Belerm. Triste está el Mariscal y retirado.

Blanca. Debe de ser en él razon de estado.

Clau. No hay en lo deslucido quien le iguale.

Blanca. Harto lucido sale, pues él sale.

Rein. Vamos, Blanca: Dios guarde á V. A.

Conde. El lucimiento iguala á la belleza.

Duque. Tengo de acompañaros.

Rey. Duque:- *Duque.* Quiero
valerme de la edad para escudero.

Rey. Quedémonos los dos.

Duque. Dichosa tarde.

Blanca. Vedme, Carlos, despues.

Rein. El cielo os guarde.

Vanse la Reina y todas las damas.

Duque. Conde de Fuentes?

Conde. Gran Señor? *Duque.* Airosas
son las damas de Francia.

Conde. Y muy hermosas.

Rey. Qué dice vuestra Alteza?

Duque. Que son bellas
las damas, y que en ellas
como en espejo el sol sus rayos mira.

Rey. Y en Blanca los respeta ó los admira *ap.*

Dug. Aunque yo no consiga el Marquesado
de Salucio, daré por bien gastado
el tiempo, con haber á Francia visto.

Rey. Mi enojo en vano y mi pesar resisto. *ap.*
Qué á hablarme no llegue! estraña cosal

Conde. Eso es tener el alma belicosa:
á Carlos de Virón me han alabado
de bizarro soldado,
y conocerle quiero:

de uno de aquestos informarme quiero.

Rey. Mas no quiero mostrar que lo he senti-

Conde. Monsieur? (do. *ap.*

Marisc. Decís á mi?

Conde. Sí: yo he venido
con el Duque hasta Francia,
por si le es mi persona de importancia;
y ya que aquí me veo,
hablar y ver deseo
al de Virón; pues conocéis la gente,
enseñadme cuál es, si está presente.

Marisc. Para qué le buscaís?



Conde. Hanme informado,
que es valiente soldado,
y lograré con verle mi venida.

Marisc. Mal os han informado, por mi vida,
si de eso os informaron solamente,
porque es mas que soldado, y que valiente.

Conde. Cómo, cómo, frances? pues yo he vencido
seis batallas campales, y he reñido (do
valiente en la campaña, he navegado,
y mas de cien murallas he asaltado;
y aunque mi fama aclama
á mis obras por dignas de mi fama,
no sé si he merecido justamente
el nombre de soldado y de valiente. (ña

Marisc. Cualquiera buen soldado en la campaña
hace lo mismo, hazaña por hazaña,
y el no estar tú de ti mas satisfecho,
ser í porque regulas lo que has hecho;
mas ese Carlos, que de polo á polo
en todo es singular, único y solo, (bre,
como sabe que es mas que cualquier hom-
pide á mayores hechos mayor nombre.

Conde. Frances, sabes quién soy?

Marisc. Jamas te he visto.

Conde. Corrido estoy de verle, voto á Cristo.

Marisc. Si bien, por la arrogancia que en ti
pareces español; mas no creo, (veo,
que es tanto tu valor como reñeres,
pues ni sabes quien soy, ni sé quien eres.

Conde. Lo mas del tiempo estoy en la campaña
dando opinion á la opinion de España;
si tú fueras soldado,
ya en la guerra me hubieras encontrado
desnudo el blanco acero;
mas un afeminado caballero,
que en las delicias de la Corte duerme,
cómo puede en campaña conocerme?

Mir. Sin duda te ha engañado el ver mimado,
porque en todo y por todo
tan hijo de las armas he nacido,
que por las paces que hoy se han convenido
visto este trage tal es mi deseo,
que traigo luto porque no peleo.

Conde. El brio del frances me ha contentado.

Marisc. Por Dios que el español es alentado.

Rey. Y qué gente acompaña á V. Alteza?

Duque. De Saboya lo mas de la nobleza,
y entre muchos soldados muy valientes,
el gran Conde de Fuentes.

Rey. Hólgarame de ver tan gran soldado.

Duque. Conde de Fuentes?

Conde. Voy, que me han llamado.

Marisc. Luego el Conde sois vos?

Conde. Yo soy el Conde. (de.

Mar. Bien la fama á los hechos correspon-

Duq. De vuestra Magestad su heroica mano
al de Fuentes. *Rey.* Al Hector castellano,
y al vasallo tambien el mas valiente
del Cesar mas prudente.

Conde. Por mi Rey, y por mí la mano os beso.

Rey. Que deseaba veros os confieso.
Esta es buena ocasion para llamarle *ap.*
á Carlos, y reñirle para honrarle.
Yo le quiero pagar esta fineza
en el mismo caudal á vuestra Alteza:
Mariscal de Virón, besad la mano
al Duque.

Marisc. Es el favor mas soberano,
que me podeis hacer. *Rey.* Llegad presto.

Marisc. Para mi condicion es bueno esto. *ap.*

Conde. Vive Dios que es el mismo á quien yo ha-
y que por él á él le preguntaba. (blaba,

Du. Primero que á mis pies llegue á mis brazos
tan bizarro frances. *Abrázale.*

Marisc. De estos abrazos
grande opinion á mi opinion consigo.

Rey. El de Virón es mi mayor amigo.

Marisc. Hechura vuestra soy.

Rey. Hablad al Conde.

Marisc. Quien obedese, con callar responde.

Conde. De loco tiene el de Virón un poco,
mas no fuera valiente á no ser loco. *ap.*

Marisc. Yo soy el de Virón, ahora miré
Vuecelencia si es justo que me admire,
que por mí me pregunte, y solamente
diga que soy soldado, y soy valiente.

Conde. Yo soy Conde de Fuentes, conocido
tanto en este pais, como temido,
y toda esta opinion he grangeado
con saber ser valiente y ser soldado.

Marisc. Pésame que descansen los aceros
con esta paz. *Conde.* Por qué?

Marisc. Porque de veros
en la campaña, vive Dios, me holgara.

Conde. Despues fuera posible, que os pesara.

Marisc. Yo llevo una ventaja á mi enemigo,
que voy con muchos, porque voy con mí.

Conde. Pues yo en ir solo mi ventaja fundo,
porque basto yo solo para un mundo.

Rey. Mariscal de Virón?

Duque. Conde de Fuentes?

Marisc. Señor? *Conde.* Señor?

Rey. Qué honrados! *Duq.* Qué valientes!

Rey. Bueno está, Mariscal.

Duque. Bueno está, Conde.

Conde. Ahora á vuestra Alteza se le esconde,
que entre soldados estas bizarrías
son todas militares cortesías?

Marisc. Aquí son los recelos escusados,
que esos son cumplimientos de soldados.

Rey. Vamos, porque descanse V. Alteza.

Duque. Alivio es del cansancio esta fineza.

Rey. Mariscal? *Marisc.* Gran señor?

Rey. De vos confío
huesped tan superior.

Marisc. Del pecho mio
ha: é cuarto á su Alteza conveniente.

Mi huesped es el Duque, facilmente
si le gano la gracia, persuadirle *ap.*
podré, y á mis intentos reducirle. (*cho.*)

Dug. Huesped del Mariscal el Rey me ha he-
sido hallo. ocasion, le he de fiar mi pecho. *ap.*

Rey. Descansea ahora vuestra Alteza, y crea
que llevaré el despacho que desea.

Dug. No deja que pedir quien tanto ofrece.

Rey. Esto Saboya, y mucho mas merece.

*Vanse, y salen Madama Blanca, y Be-
lerma con luces.*

Belerm. Triste vienes.

Blanca. Vengo muerta:

(ay Carlos del alma mia!) *ap.*
retira aquea bugía,
y ten cuenta con la puerta.

Belerm. Apenas la entrada viste,
cuando la Corte dejaste,
y apenas aqui llegaste,
cuando mas triste estuviste;
pues dí, qué nuevo pesar
te tiene asi? *Blanca.* Qué turbada
estoy! *Belerm.* Qué tienes?

Blanca. No es nada.

Belerm. Advierte, que el recatar-
lo que sientes á mi amor,
será quererle ofender.

Blanca. Pues, Belerma, si saber
quieres el grave dolor,
que me tuerce, y que me tira
como verdugo la soga,
y que en efecto me ahoga,
escúhame atenta, y mira
(con mil sobresaltos lúcho)
si Carlos viene, ó Eafin:
ay noche! ay sueño! ay jardin!

Belerm. Ya la miro, ya te escucho. (*fante*)
Blanca. Dos años ha que entró en París triun-
fante el Mariscal, Carlos mi amante,
aquel de cuyo corazon valiente
el sol es coronista solamente,
porque á sus hechos solos
aun estrechos le vienen ambos polos.
Y así el cielo, que sabe
que solo en su papel su nombre cabe,
debe ya de tener sin duda alguna
descubierta la esfera de la luna,
para que en su distancia

vaya escribiendo sus anales Francia.

Ley de los cielos es, y ley constante
amar su semejante:

yo ví á Carlos, y al punto
con la vista el amor me vino junto;
porque aunque implica todo rendimiento
á mi bizarro aliento,

y natural brioso:

yo gallarda, él famoso;

yo atrevida, él valiente;

yo osada, él prudente;

yo fuerte, y él terrible,

venimos á vencer un imposible,
de sujetarse el pecho á humana aljaba,
que como en él mi propio ser miraba,
á mí en él me quería;

y así, no fue el rendirme cobardía,
que sin faltar en nada á mi respeto,
creció el amor, mas no mudé sugeto.

En este tiempo, sí, para matarme,
dió el Rey en festejarme
con tal fuerza de amor, que temerosa
(ó suerte rigurosa!)

que de Carlos perdiese su privanza,
encubrí mi esperanza,
y por fuerza admitieron mis deseos,
si los regalos no, los galanteos.

Mas viendo que si Carlos lo supiera,
era forzoso (ay Dios!) que me perdiera,
por no ofender de su amistad las leyes
(que dar celos, ó enojos á los reyes,
si no es clara locura,

es un querer morir sin calentura)
para poder con Carlos disculparme,
y tambien desahogar me

del Rey, que me persigue, en esta quinta,
del mar cercana, y de París distinta,
me retiro, avisandó solamente
(por galan y pariente)

al Mariscal, para que á verme venga,
sino es que haya en París quien le detenga
Y estando divertida (ay de mí triste!)

con ver un ramillete que me hiciste,
por teñas, que al hacerle,
antes de matizarle y componerle,
una caucion cantaste,
en que mis penas y mi amor pintaste,
que como á peticion de los sentidos,
te escuchaban atentos mis oidos,
y por gusto ó juguete

en vuestra mano estaba el ramillete: (moso,
llegué á pensar, que algun gilguero her-
del cristal de tus manos codicioso,
á beber de la mano se bajaba,
y que él era sin duda el que cantaba.

Suspensa, pues, con la canción suave
 (á tiempo que la llave
 echaba al sol el día,
 y entre cenizas de cristal moría,
 porque ya sus caballos despenados,
 en lugar de la yerba de los prados,
 pacian por el Géminis y el Toro
 rosas azules, y cogollos de oro)
 un paréntesis breve de la vida,
 un gusto homicida,
 y un sueño, imagen fuerte
 de las amarilleces de la muerte,
 me asaltó de improviso, y reclinada
 sobre una alfombra de jazmin bordada,
 y seis rosas de sol (que por mayores,
 eran primadas de las otras flores)
 la mano en la mejilla, el pie en las hojas,
 y en el pecho un diluvio de congojas,
 dándole al alma un sueño de barato,
 desperdicié la vida por un rato;
 pero apenas el sueño,
 que los polvos imita del beleño,
 en tan confusa calma
 me fue bebiendo la mitad del alma,
 cuando me pareció que á Carlos vía,
 que con el Rey lidiando se oponía,
 resuelto y denodado
 á su estoque dorado;
 y que el Rey ofendido
 de verse de un vasallo resistido,
 por quedar satisfecho,
 de parte á parte le pasaba el pecho,
 dejándole en mis brazos palpitando
 y las flores con púrpura regando.
 No es menester decirte de la suerte,
 (ay duro! ay golpe fuerte!).
 que lastimó mi vida
 aquella roja, y penetrante herida;
 tú lo imagina allá, que si has amado,
 ya la experiencia te lo habrá enseñado;
 y si amor hasta ahora no has tenido,
 para cuando le tengas te convido,
 que entonces tú dirás, viendo mi llanto,
 martir fue esta muger pues sufrió tanto;
 solo diré por muestras del tormento,
 que entonces afligió mi pensamiento,
 que siendo cosa cierta,
 que si estaba dormida, estaba muerta:
 es tan grande mi amor, que muerta estaba,
 y el amor me durará;
 pues la muerte lloraba compasiva,
 mira qué hiciera si estuviera viva.
 Entonces yo volviendo al Rey injusto,
 quise, para vengar aquel disgusto,
 á voces repetir el triste caso,

pero salíome mi dolor al paso,
 con pena y furia tanta,
 que arrimado al umbral de la garganta,
 la voz ya referida,
 hizo volver atrás interrumpida;
 mas como el corazón era su centro,
 y volvió á repetirse hácia allá dentro,
 oyéla el corazón, y temeroso
 batió las alas, que embargó el reposo;
 las potencias temblaron,
 los miembros se estiraron,
 el Rey se despidió, murió mi dueño,
 tenté las flores, acabóse el sueño:
 lloré el agujero, repetí la herida;
 cobré los ojos, y volví á la vida.
 Esta la ocasión ha sido
 de mi pena (ay dulce dueño!)

Belerm. Con decirte que era sueño,
 á todo te he respondido.

Blanca. Es verdad; pero no puedo
 dejar de tener temor,
 que no hay tan valiente amor,
 que á un azar no tenga miedo:
 Carlos vive, y Carlos es
 á quien el Rey quiere mas.

Belerm. Pues qué recelando estás?

Blanca. Que le aborrezca despues.

Belerm. Cuando el Rey le aborreciera,
 con retirarse á un lugar,
 pudiera Carlos pasar.

Blanca. Bien fuera, si ser pudiera;
 pero en llegando á ese estado,
 el riesgo está conocido,
 que un privado aborrecido
 nunca para en retirado.

Belerm. Esas son vanas quimeras:
 mas por allí viene un hombre.

Blanca. Si es Carlos, qué dulce nombre
 él será, baja, qué esperas?
 y atámbrale; pero no,
 que yo le quiero salir
 con el alma á recibir.

Belerm. La luz con eso sobró,
 que tu sol le alumbrará.

Blanca. Dí, Belerma, mi deseo.

Belerm. Si Carlos es el que veo,
 Jaques el otro será.

Entranse por una puerta, y salen por otra, y detrás el Rey, el Conde de Suison, y Monteni.

Blanca. El Rey era.

Belerm. Bravo azar.

Blanca. No puedo volver en mí.

Rey. Vos Conde, con Monteni
 (sía dejar á nadie entrar)

me aguardad en esa puerta.

Belerm. Solo faltaba, señora,
que Carlos viniera ahora.

Blanca. Qué importa, si ya estoy muerta?
mas adonde está mi brio,
que así se rinde al temor?

Rey. Perdona esta vez su honor. *ap.*

Blanca hermosa?

Blanca. Señor mio?

Rey. Esa silla es para vos,
esta será para mí.

Blanca. Señor, estoy bien así.

Rey. Estarémoslo los dos.

Blanca. Por no teneros en pie,
hago lo que no debiera. *Siéntanse.*

Belerm. Disimula.

Blanca. Quién digera, *ap.*
cuando mi amorosa se
á Carlos iba á buscar,

que hallara á quien aborrecá?

Rey. Si no me engaño, parece
que estais con algun pesar.

Blanca. Pesar no, que no era justo
tenerle viendo á mi Rey,
á quien debo amar por ley;
solo me habia dado susto,
no siendo cosa que importe,
el veros venir aquí.

Rey. Tambien me te ha dado á mí
el no hallaros en la Corte.

Blanca. Yo me quise retirar
á esta casa de placer.

Rey. Y yo lo quise saber
por escusarme un pesar.

Blanca. El no avisaros fue acaso,
porque volverme pensé.

Rey. Y el venir á veros fue
acaso porque me abraso.

Blanca. Yo no me obligué á asistiros
toda mi vida en París?

Rey. Ni yo pude, si os venís,
obligarme á no seguirlos.

Blanca. El venirme yo, es recato
que debo á mi propio ser.

Rey. Y el seguirlos yo, querer
no ser á mi vida ingrato.

Blanca. En mí el recato es mas justo,
que en vos la pena amorosa.

Rey. No hay en mí mas justa cosa,
que hacer lo que me da gusto.

Blanca. Gusto sin mirar primero
mi honor, no te puede haber.

Rey. Pues en llegando al poder,
puedo yo cuanto yo quiero.

Blanca. Con eso habeis dicho harto.

Rey. Digo cuanto hacer podré.

Blanca. Yo soy Blanca.

Rey. Ya lo sé;

mas yo soy Enrique Cuarto,
que os vine á ver de París.

Blanca. Qué importa, si me agraviais?

Rey. Oh qué escrupulosa estais!

Blanca. Oh qué resuelto venís!

*Salen el Mariscal, Jaques, y el Conde
de Suison, y Monteni, deteniéndole.*

Marisc. Para mí jamas ha habido
puerta cerrada.

Suison. Es verdad;

pero está su Magestad
con Madama entretenido,
y no querrá:- *Marisc.* Sí querrá,
si sabe que estoy aquí:
qué piensa Blanca de mí, *ap.*
que estos pesares me da?

Jaques. Señor, con el Rey y el Papa:-

Marisc. Claro está, que si no fuera
el Rey el que allí estuviera,
con espada, silla y capa,
ya yo te hubiera llevado
al primer balcon, y de él,
sin escala ni cordel,
al rio le hubiera echado,
para que si á Blanca amara,
tanto que abrazarse viera,
con el agua que bebiera
el fuego se le templara.

Jaques. Pues apostemos, que el tal
lo daba por rociado.

Rey. Qué es esto?

Marisc. Yo, que he venido.

Blanca. Y venido por mi mal. *ap.*

Levántanse.

Rey. Carlos, Mariscal, pariente
y amigo, que es mas que todo,
vos triste? vos de este modo?
pues qué causa, qué accidente
os detiene, cuando estais
tan cierto del amor mio?

Blanca. Gran miedo tengo á su brio. *ap.*

Rey. A Blanca solo mirais?

sabeis vos algo de questo?

Blanca. Señor:-

Rey. Hablad. *Marisc.* Para qué?

yo, señor, os lo diré,
y si no mejor, mas presto.

Jaques. Mira que si el Rey la quieré,
noy tu privanza cayó. *Al Mariscal.*

Marisc. Diga lo que sienta yo,

y veuga lo que viniere.

Blanca, como ya sabeis,

es de aquestos ojos lumbre,
y hame dado pesadumbre
el ver que la visiteis.

Estas son mis confusiones;
perdonad el desenfado,
porque como soy soldado,
gasto muy pocas razones.

Blanca. Notable resolucion!

Belerm. Es el hombre de capricho.

Jagues. Por ensalmo se lo has dicho.

Marisc. Esta es mi condicion.

Rey. Y eso os tenia afligido?

Marisc. Claro está, porque nací
inferior, y vos aquí
sois mi Rey.

Rey. Vos lo habeis sido
para mí en mi voluntad,
como ahora lo vereis:
ya, Blanca, dueño tenéis.

Blanca. De qué manera?

Rey. Escuchad:

Carlos, quanto á lo primero
os aviso, que no es ley,
que un vasallo con su Rey
hable nunca tan entero;
porque se debe advertir,
que el Rey se puede enojar,
y enojado hacer bajar
al mismo que hizo subir.

Vos aquí me habeis hablado
con alguna sequedad;
pero mi gran voluntad
el yerro os ha perdonado:
que nunca para consigo
amigo se ha de decir

el que no sabe sufrir
alguna falta á su amigo:
yo lo soy vuestro, y así
(aunque á Blanca amando estoy)
licencia de amarla os doy,
y servirla desde aquí.

Yo os doy á Blanca, mas no,
que si mia fue algun dia,
vuestra fue, porque fue mia;
y así en darla ahora yo,
no aumento mi voluntad,
aunque liberal me muestro,
porque daros lo que es vuestro,
mas es deuda, que amistad.

Y si es que puede haber sido
en algun modo fineza
hacer esta gentileza,
estoy tan agradecido,
al darne vos ocasion
de obligaros y de honraros,

que solo para pagaros
la lisonja de esta accion
(mirad si la estimo bien,
y de vos me satisfago)
Duque de Virón os hago,
y Par de Francia tambien;
para que conozca Francia,
que no solo recibís

ap. premio por lo que servís
con cuidado y vigilancia,
sino que soy tan amigo
vuestro, y tan apasionado,
que despues de haberos dado
la dama que adoro y sigo,
os pago á vos por los dos,
qué es lo mas que puede ser,
el darne ocasion de hacer
alguna cosa por vos.

Jagues. En oro, bronce y en jaspe
tu nombre escriba la fama,
pues sabes dar una dama
sin concepto de Campaspe.

Blanca. No estoy en mí de alegría.

Belerm. Por cierto fineza rara!

Blanca. Por esto solo me holgara
de haberie amado algun dia.

Marisc. Los pies, gran señor, os beso
por merced tan singular.

Rey. Levantad: esto es amar,
y amar, Carlos, con exceso.
Cubrid: de su ambicion

ap. *Cúbrese muy aprisa.*

asi templaré el extremo,
que le quiero bien, y temo
su terrible condicion.

Jagues. Loco con esto estarás.

Marisc. No estaré tal.

Jagues. Cómo así?

Marisc. Como yo dentro de mí
pienso que soy mucho mas.
Mas ahora me he acordado,
que al de Saboya he de hablar,
vele volando á avisar.

Jagues. Allí espero.

Belerm. A Dios, soldado.

Rey. Venid, Duque.

Belerm. Gran palabra!

Rey. Con eso pienso obligarles:
el parabien podéis darle.

Marisc. Con vidrio un diamante labra. ap.

Rey. Por vos á Blanca perdí.

Marisc. Somos amigos los dos.

Rey. Pues no me perdais por vos,
porque os perderé por mí.

Blanca. Liberal el Rey ha estado. Vase.

Marisc. Fuera lo demas violencia.

Blanca. Guarde Dios á Vuecelencia.

Belerm. Pegósela de contado.

Marisc. Qué os parece del valor
con que hablé á su Magestad?

Blanca. En habiendo voluntad,
tiene disculpa el error.

Marisc. Con el brio le obligué.

Blanca. Y por él os merecí.

Marisc. Yo para vuestro nació.

Blanca. Lo propio dice mi fe.

Marisc. Sois una imagen de Palas.

Blanca. Sois un retrato de Marte.

Marisc. Qué presencia!

Blanca. Qué buen arte!

Marisc. Aun no ha menester las galas.

Blanca. Mintió el agüero del sueño,
pues su amigo el Rey le llama.

Marisc. Nadie ha tenido tal dama.

Blanca. Ninguna tuvo tal dueño.

Marisc. Un alma rige á los dos.

Blanca. Y con un alma una ley.

Belerm. Señores, que llama el Rey.

Marisc. Pues á Dios, Madama.

Blanca. A Dios.

Vanse.

*Salen Jaques, y un criado del duque de
Saboya.*

Jaques. A su Alteza quiero hablar.

Criado. Con el señor de Lafin
está ahora en el jardin.

Jaques. Venfale á visitar:-

Criado. Quién?

Jaques. El Duque de Virón
todo entero.

*Salen el Duque de Saboya y Monsieur
de Lafin.*

Lafin. El Mariscal
es ya Duque?

Duque. Es premio igual,
y digna satisfaccion

de su valor. *Lafin.* Su criado
lo está diciendo. *Criado.* Ya sale
su Alteza.

Lafin. Y así mas vale,
que asegure su cuidado
vuestra Alteza, y cara á cara
su intento al Conde le diga,
que á ser cómplice le obliga,
si la verdad se declara:
fuera de que el de Virón
tan poco afecto le está
á Enrique, que intentará
cualesquiera resolucion.

Duque. Ahora bien, el Duque es hombre
de condicion tan liviana,

que si le ofrezco á mi hermana
(que basta solo este nombre)
por mí se ha de aventurar
á cualquiera desatino:
esta es el mejor camino.

Lafin. Bien puedes, Jaques, llegar.

Jaques. Llego.

Lafin. Tienes buen humor:
bésale á su Alteza el pie.

Jaques. Jaques soy.

Duque. Jaques de qué?

Jaques. Jaques de Jaques, señor,
lo damas diré otra vez,
que ahora solo imagino,
que soy hijo de vecino
del juego del Agedrez:
y á mayores no me subo,
que en mi parto no sé lo que
pasó, solo sé que un Roque
en una dama me hubo:
algunos jaques la dieron
jaque á mi madre; y así,
porque del jaque nació,
Jaques á mí me pusieron.
Otros, que mas lo miraron,
viendo que un zaque me hacia
con el vino que bebia,

Jaque ó Zagues me llamaron:
y otros ni Zagues ni Jaques,
sino Traques; y á mi ver,
lo mismo se viene á ser
Jaques ó Zagues, que Traques.

Duque. Di que te den cien escudos.

Jaques. Cien famas tu nombre acuerden:
oh, qué de cosas se pierden
los hombres, que nacen mudos!

Tu luz, sin anochecer,
eterna bostece risa,
y dures mas que una sisa,
que es lo mas que puede ser.

Lafin. El Duque viene, señor.

Jaques. No es aquel mi amo?

Lafin. Sí.

Jaques. Pues, Jaques, jaque de aqui,
que es necedad superior
(aunque en la comedia usada)
que estando hablando los amos,
nos los fámulos queramos
meter nuestra cucharada.

Vase con Lafin, y Sale el Mariscal.

Marisc. Dos veces á vuestra Alteza
he buscado, y no ha querido
dejarse hallar.

Duque. No he tenido
noticia de esa fineza: